

**Manera del poema**

Melibeo.—Títiro, tú recostado bajo el cubierto de una descogida haya, practicas tu silvestre musa en tenue avena; nosotros dejamos las tierras y los amables campos de la Patria, nosotros huimos de la Patria; tú, Títiro, remisó en la sombra, enseñas a los bosques a que canten a la hermosa Amarílde.

Títiro.—Oh Melibeo, un dios nos hizo estos descansos, pues que él será siempre dios para mí; frecuentemente el tierno cordero de nuestros oviles mojará su ara. Él, como miras, me ha permitido que mis vacas yerren, y que yo mismo toque lo que quiera en mi caña campesina.

Melibeo.—No lo veo mal ciertamente, antes lo admiro: hay a tanto extremo revolución doquiera en todo campo. Hé, que yo mismo llevo triste a mis cabrillas adelante, y aún a ésta apenas la traigo, pues aquí entre los densos avellanos parió ha poco y dejó en la desnuda piedra unos mellizos, ay, la esperanza del ható. Si mi cabeza no hubiese sido torpe, recuerdo que esta calamidad me la predecían frecuentemente las encinas tocadas del cielo; frecuentemente me lo predijo la siniestra corneja desde el roble hueco. Pero, con todo, dime, Títiro, quién es ese dios?

Títiro.—Oh Melibeo, yo, tonto de mí, creí que la ciudad que llaman Roma era parecida a ésta nuestra a donde acostumbramos los pastores llevar a menudo las tiernas crías de las ovejas. Como sabía yo que los cachorrillos se parecen

a los perros y los cabritos a sus madres, así solía yo comparar lo pequeño a lo grande. Pero ésta ha alzado la cabeza entre las otras villas, cuanto lo suelen los cipreses entre los flexibles mimbrés.

Melibeo.—¿Y qué tanta causa tuviste de ir a Roma?

Títiro.—La libertad; que aunque tarda, volvió empero el rostro al desidioso, cuando ya la barba me caía bien blanca al rasurarme. Pero volvió el rostro, y después de largo tiempo vino; después de que Amarílde nos tiene, y nos dejó Galatea. Porque, lo declararé pues, mientras Galatea me tenía, no había ni esperanzas de libertad, ni cuidado del peculio. Aun cuando salieran muchas víctimas de mis setos, y pingüe queso se batiera para la ingrata ciudad, nunca jamás me volvía la diestra a casa cargada de dinero.

Melibeo.—Yo extrañaba, oh Amarílde, porque invocabas triste a los dioses; para quién dejabas colgar los frutos de su propio árbol: Títiro estaba fuera de aquí. Los mismos pinos, oh Títiro, los mismos arroyos, estas mismas arboledas te llamaban.

Melibeo.—¿Qué había yo de hacer? En otra parte ni me era posible salir de la esclavitud, ni conocer a dioses tan poderosos. Aquí, oh Melibeo, ví a aquel joven, en cuyo honor nuestros altares humean doce veces al año. Aquí primero me dió él por respuesta al solicitarle: «Muchachos, apacentad vuestros bueyes, como antes, y criad vuestros toros.»

Melibeo.—¡Oh viejo afortunado! Tus campos pues, durarán. Y bastante grandes para ti, aunque todo sea desnuda piedra, y el pantano cubra de cenagosos juncos los potreros. Los pastos desusados no pondrán en peligro a tus madres preñadas, ni las dañarán los malos contagios de los rebaños vecinos. ¡Oh viejo afortunado! Aquí, entre los ríos conocidos y los veneros sagrados, requerirás el opaco fresco. De un lado, sobre el lindero vecino, el seto que siempre te solicitó, libado en las flores del saucedal por las abejas de Hibla, te solicitará a menudo a probar el sueño; del otro, el podador cantará a los vientos bajo la alta peña; y en tanto, ni las roncas palomas, cuidado tuyo, ni la tórtola dejarán de gemir desde el elevado olmo.

Títiro.—Por tanto, antes serán apacentados los ciervos en los aires, y los mares abandonarán en la playa a los peces desnudos; antes, atravesando las tierras de uno y otro, beberá el Parto en destierro el Saona o la Germania el Tigris, que el rostro de él decaiga de nuestro pecho.

Melibeo.—Pero de nosotros, unos iremos de aquí a los sedientos africanos; otra parte llegaremos a la Escitia y al Oaxis que arrastra creta, y a los británicos, divididos enteramente de todo el orbe. ¿Acaso jamás, viendo después de largo tiempo mis tierras patrias y el techo de mi choza, fabricado de césped, reino mío, admiraré después algunas espigas? ¿Estos novales tan labrados los tendrá el impío soldado? ¿Estas siem-

**Poesías**

=Envío del autor=

**La palabra del camino pavimentado**

*el camino nuevo, limpio, recién abierto  
se ha tendido en los campos  
vestido de cemento—  
como una estatua  
que al fin ha sido descubierta  
y edita a todos los vientos su belleza*

*cada curva es la puerta  
de un paisaje nuevo*

*los árboles tan contentos como niños  
lo saludan—  
en las mañanas áureas  
lo acarician los pies de las campesinas  
que van a los cafetales  
en un friso clásico y nacional*

*Si tuviera aeroplano  
hubiera visualizado su cuerpo—todo panza—  
como un budha monumental*

*camino nuevo sendereado de silencio  
en las noches parece que te han pavimentado con luna.*

**El agua salvaje**

*el agua salvaje que domestican las ciudades  
trae paz en su caída  
a pesar del oro eléctrico del rayo—  
las hojas tiemblan  
con la sensualidad teológica de las llamas*

*llueve tristeza en la lluvia  
para los que no siembran  
para los que no tienen las semillas  
escondidas en los surcos—  
para los que no verán los kilómetros  
alegrarse con la borrachera de las cosechas—  
para los que no tienen cañales sonoros  
café de hojas oscuras y plateadas—  
maizales autóctonos*

*la lluvia es de todos  
y sólo trae fina riqueza  
a los que tienden sus tierras como una mano*

*el agua me baña en la nostalgia de no tener patria  
la lluvia no es mía  
es de los dueños del paisaje.*

**Noviembre**

*la cortina de agua que vela los paisajes  
neurasténicos de octubre  
se levanta al soplo loco de diciembre—  
las páginas de los libros se vuelven—  
en la boca tiene uno un sabor de esperanza  
el viento se mete hasta el corazón  
los cuerpos quieren salirse de los vestidos  
el viento los esculpe  
con una sensualidad vital  
deporte — amor — filosofía —  
todo se vuelve dulce.*

Francisco Amighetti

San José, Costa Rica.